

que no renaciere del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios. (Joan., III, 5.) Y que no van al Infierno lo dicen los teólogos, porque esos niños no tienen pecados personales, sino sólo el original, y sólo los pecados graves, personales, llevan al Infierno. Así, estos infantes nada padecen, lo que es bueno tener entendido, porque los incrédulos culpan de crueldad á la Iglesia como si sostuviera la condenación de esos párvulos, lo que no dice ni enseña.



IX.

La Gloria.—Sus nombres.—*Medida, Journal, Merced, Corona, Gozo, Banquete, Bodas, Ciudad, Reino.*—*Cielo, Mansión Huerto, Paraíso, Bienaventuranza.*—*Casa, templo de Dios, Torrente de delicias, Consuelo, Tierra, Hartura, Misericordia.*—*Litúrgicos, Luz, Descanso, Refrigerio, Paz, Consorcio de los santos, Sede celeste, Región de los vivos.*—*Figuras: la tierra de promisión, la Perla preciosa, el Tesoro escondido, la Dracma encontrada.*—*La Patria.*

—¿Cuál es el último de los novísimos?

—La Gloria: es el estado perfecto de la agregación de todos los bienes; es estado porque no se altera ni se cambia; es de todos los bienes porque no falta allí uno sólo, y es estado perfecto porque estos bienes nunca se acaban ni se amenguan.

—¿Y qué idea da de la gloria la santa Escritura?

002237

—Dice que ni vieron jamás los ojos, ni escucharon nunca los oídos, ni en el corazón del hombre cupo lo que preparó el Señor á los que le aman. Es decir, que todas las bellezas y magnificencias que acá se admiran, todos los dulces sonidos que se escuchan, todo lo que el corazón anhela y suspira no puede dar una idea de lo que guarda el Señor para sus siervos.

—¿Y no declara algo con varios nombres?

—Si lo declara; el Cardenal Belarmino ha escrito un hermoso opúsculo sobre la Gloria, explicando largamente los títulos principales que se le dan en los Libros Santos. Porque se le llama medida, jornal, merced, corona, gozo, banquete, bodas, ciudad, reino, etc.

—¿No diréis algo de cada uno de esos títulos?

—Será brevemente: se llama la Gloria, medida buena, llena, agitada y rebosante. (Luc., VI, 38.) Es medida, porque se mide conforme á los méritos de cada uno; buena, porque no hay cosa mejor; llena, porque nada deja que de-

sear; agitada, porque moviendo la medida con el grano cabe más, y rebosante, (Luc., VI, 38,) porque rebosa del alma al cuerpo, y de cada uno á todos los santos.

—Pero llamarla jornal parece una cosa mezquina.

—Jornal es el precio del trabajo de un día, y como nuestra vida es un día que nace cuando nacemos, llega al medio día en la juventud y declina al ocaso en la vejez; el jornal es la Gloria que se gana con nuestro trabajo, y que tiene la razón de pago, merced ó recompensa, por lo que también así se nombra. (Math., XX, 2 id. V., 2.)

—¿Y por qué se llama corona?

—Porque la corona es premio de los vencedores, es necesario ganarla combatiendo y triunfando; y por eso exhorta el Apóstol á la práctica de las virtudes y al combate espiritual, notando que los atletas ó gladiadores se abstienen de muchas cosas por conseguir una corona corruptible, mientras que los cristianos tenemos que conquistar una corona imperecedera é in-

corruptible (1 Cor., IX, 25.) Y la llama corona de justicia, porque estando prometida es de justicia darla á quien la conquiste. (2, Timoth., IV, 8.)

—¿Y se llama, decís, gozo y banquete?

—Así la llama el Salvador cuando anuncia, que el amo dirá al buen siervo: «entra en el gozo de tu Señor.» (Math., XXV, 21). El siervo entra en el gozo porque por dentro y por fuera el gozo lo llena y lo circunda. Se llama banquete, (Luc., XIV, 12.) porque hay en la gloria delicias para todos los sentidos espirituales como en un banquete los hay para los materiales. Se llama bodas, (Apoc., XIX, 9) por la unión íntima é inexplicable del hombre con Dios, y de la Iglesia ya triunfante con Jesucristo su esposo. De esto hay mucho en el Apocalipsis. (Apoc., XXII.)

—¿Por qué se llama ciudad?

—Se llama ciudad por la multitud de sus moradores, por sus muchas magnificencias, y se llama Jerusalén celeste porque Jerusalén quiere decir

visión de paz, y allí es la mansión de la paz perpetua y eterna.

—¿Y se llama también reino?

—En la primera y última bienaventuranzas se llama el reino de los cielos, y en la sentència de los buenos le llama el Juez también reino, porque allí todos reinarán con Jesucristo, sin envidias ni divisiones, sin guerras ni enemigos, pues es el reino de la paz, cuyo advenimiento pedimos en el Padre nuestro.

—¿Sólo éstos títulos se dan á la Gloria?

—Aun hay muchos: se llama cielo, por el lugar donde se goza; casa ó mansión, porque allí se mora en permanencia; huerto, ó jardín ó paraíso, por sus inestimables delicias; bienaventuranza, porque es nuestra suprema ventura y felicidad. Dánsele tantos nombres porque el lenguaje humano no puede bastar á trazar tanta grandeza. Se llama casa de Dios ó templo de Dios, por su majestad y magnificencia; le llama David «torrente de delicias,» por su impetu y magnitud. (Ps., XXXV,

1.) Todavía en las Bienaventuranzas se llama consuelo, tierra de los vivos, hartura, misericordia, porque en la Gloria se enjuga todo llanto, se posee la tierra inmóvil, se harta toda hambre y sed, y se alcanza la mayor de todas las misericordias.

—¿Y la Iglesia no da otros nombres á la Gloria?

—Muchos: en su liturgia de difuntos le llama la luz perpetua, el descanso eterno, el lugar del refrigerio, de la luz y de la paz, la luz santa, los gozos eternos, el reino celeste, el eterno consorcio, el refrigerio sempiterno, la celeste gloriosa sede, la región de los vivos, la sede de los redimidos que se alegran. Todos bien se comprenden; los de refrigerio se dicen porque habla de las almas al salir del fuego del purgatorio, el cielo les es refresco ó refrigerio. Cada uno de todos estos nombres bíblicos y litúrgicos revela algún aspecto, algún bien de la Gloria, y todos juntos nos muestran su inmensa beldad, felicidad y grandeza.

—¿Y los Santos Padres qué títulos han dado á la Gloria?

—Además de los títulos de la Escritura que les han sido muy familiares, le han aplicado los de sus figuras que lo fueron en el Antiguo Testamento, muy notable, la tierra de promisión, y en el Nuevo, la perla preciosa, el tesoro escondido, y aun la dracma encontrada, que son tres parábolas evangélicas. Y aparte de esto, muchas veces llaman los Santos Padres á la Gloria, *la patria*, pues como el mundo es un destierro y tenemos el estado de viajeros ó caminantes, «en el camino vamos, porque á la patria nos dirigimos» como dice San Gregorio Papa.

IX.

La Bienaventuranza.—Triple Acción.
—Las Tres Potencias.—Lo Verdadero, lo Bello y lo Bueno.—Fe, Esperanza y Caridad.—Lumen Gloria.
—Delirio Protestante.—Dominio del alma.—Rapto.—Bilccación.

—¿En qué consiste, pues, la bienaventuranza de la Gloria?

—Consiste en la perfecta posesión de Dios, puesto que Dios es el objeto supremo, el último fin y el término y satisfacción de todos los deseos; mas esta adquisición ó posesión de Dios, es triple por varias razones que así lo muestran.

—Explicad esa triplicidad.

—El alma en la bienaventuranza *conoce* al Señor, le *goza* y le *ama*. De aquí tres actos que la hacen inmensamente feliz, es decir, bienaventurada: la visión la posesión y la fruición.

—¿En qué se distinguen las tres cosas?

—La visión es el conocimiento claro de Dios, visto cara á cara, según se explica San Pablo (1, Cor., XIII, 12,) y es lo primero, porque toca al entendimiento, potencia más noble; *la posesión* del objeto amado, causa el amor íntimo y unitivo, y de la posesión y el amor, resulta el gozo y delectación inexplicables, ó sea la *fruición*.

—Y estos tres actos ó hábitos ¿á qué se adaptan?

—Corresponden en cierto modo á las tres potencias del alma: á la memoria, la vista presente; al entendimiento, el conocimiento delectable, y á la voluntad el perfecto amor. Justo es, que las tres potencias que á Dios se consagraron, tengan todas su recompensa.

—¿Y no hay otros motivos de esos tres hábitos?

—El hombre busca siempre tres cosas: la verdad, la belleza y el bien; en el mundo no se hallan sino en destellos; sólo en Dios se encuentran como en su fuente lo verdadero, lo bello y

lo bueno. Pues bien, en la bienaventuranza, conoce lo verdadero por la *visión*; ama lo bueno por la *posesión*; y goza lo bello por la *frucción*. ¡Necios los que escriben tratados sobre esto y no lo comprenden! ¡Felices los pequeñuelos á quienes les será revelado en el cielo, sin necesidad de filosofías ni de vanas doctrinas!

—¿Y la Teología que dice en el particular?

—La Teología, con su príncipe Santo Tomás á la cabeza dice, que los tres hábitos de la bienaventuranza corresponden á las tres virtudes teologales: á la fe oscura, corresponde la vista clara, á la esperanza lejana, la posesión presente, y á la caridad imperfecta que no se une con su objeto, el goce y fruición perfecta del mismo. Y como en Dios están todos los bienes, al alma nada le queda que desear, en Dios todo lo tiene; en la divina esencia, como en limpiado espejo, mira lo que pasa en la tierra según el grado conveniente á sus méritos.

—¿Y el alma humana es capaz de todo ello?

—Por sí misma y por sola su naturaleza no sería capaz de tal elevación y grandeza, pero Dios le sobreañade el «*lumen gloriæ*,» lumen de gloria, cualidad que la eleva, la ensancha y la hace capaz de las celestes operaciones. «En tu lumen veremos la luz» dice David.

—¿Y qué, el cuerpo no es bienaventurado?

—Lo será cuando resucite y se una con su alma; mas antes de la resurrección ya las almas gozan de la bienaventuranza por más que los protestantes sueñen que las almas esperan á gozar hasta que se unan con sus cuerpos, delirio que la Escritura disipa, pues claro da á entender que al separarse el alma, quedando purificada, pasa inmediatamente al cielo, y tal es la doctrina de la Iglesia.

—¿Y cómo es el cuerpo, bienaventurado?

—Lo es por la bienaventuranza del alma. Siendo ésta la parte más noble del hombre, en ella había de ser bienaventurado, y sólo el sucio y grosero

Mahoma discurrió llenar su paraíso de goces materiales. Pero el alma bienaventurada, ejerce en el cuerpo un dominio tan absoluto, tan pleno y perfecto, que en virtud de él comunica a cuerpo lo que, según su substancia, puede hacerle también bienaventurado.

—Poned de ello algún ejemplo que lo aclare.

—Se lee en la vida de varios santos contemplativos, que en sus raptos ó arrobamientos, el alma era arrebatada á Dios con tal ímpetu que á veces llevaba consigo al cuerpo levantándolo del suelo: he aquí un ejemplo del dominio del alma santificada sobre el cuerpo; lo mismo se ve en la bilocación: San Antonio, San Ligorio y otros santos estuvieron en dos lugares á la vez, San Francisco Javier por dos días estuvo en un navío y al mismo tiempo en una barca perdida dirigiéndola él mismo, ¡hechos maravillosos, pero reales y verdaderos!



X.

Las Bodas.—Las Dotes.—San Pablo.—Cuatro aspiraciones.—A la Sanidad.—A la penetración.—A la celeridad.—A la luz.—Sabios impíos.—La ignorancia religiosa.—¡Desgraciados!—Libros del cielo.

—¿Cómo participa, pues, el cuerpo de la bienaventuranza?

—Lo hemos dicho ya, participa de redundancia del alma. Pero antes de entrar en detalles, se ha de advertir que la bienaventuranza se muestra en el Apocalipsis como las bodas del Señor con la Iglesia triunfante, y así como para las bodas de acá se obsequia á la esposa con exquisitos regalos que la adornen y embellezcan á los ojos de su esposo, á cuyos obsequios y regalos se llama dote, así el Señor, al bienaventurado adorna, obsequia y regala, ennoblece y hermosea con unas cualidades que se llaman dotes gloriosas. Al alma le tocan tres, que son la visión,

posesión y fruición de que ya hablamos. Al cuerpo le tocan otras cuatro de que ahora nos ocuparemos.

—¿Cuáles son esas cuatro dotes?

—Se derivan de un célebre pasaje del Apóstol San Pablo que dice así: «En la resurrección de los muertos se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción. Es sembrado en vileza, resucitará en gloria; es sembrado en flaqueza, resucitará en vigor; es sembrado cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual, (I, Cor., XV, 42.) A la sepultura llama siembra como atrás queda explicado. Llama cuerpo espiritual al cuerpo glorificado, no porque el cuerpo se convierta en espíritu, pues dejaría de ser cuerpo, sino porque cambia sus cualidades toscas y groseras en otras, como espirituales, que lo elevan y en cierto modo lo espiritualizan, y por otra parte son muy conformes á sus instintos y aspiraciones.

—¿De qué instintos y aspiraciones habláis?

—Fijándose en lo que pasa y vemos en nuestra época, observamos que el

hombre tiene gran propensión á la salud y á la vida larga y sana. Testigo lo que hace por la higiene en las ciudades y en las habitaciones, en las escuelas y en los hospitales; testigos también la multitud de medicinas que se inventan y los medios de curar, alopatía, homeopatía, hidroterapia, electricidad, hipnotismo, etc. El hombre quiere vivir sano, y vivir mucho á todo trance.

—No sé á dónde váis.

—Paciencia! El hombre quiere penetrarlo todo, aunque sea con la imaginación; penetra con Verne al centro de la tierra y viaja al derredor del sol y de la luna; con la ciencia todo lo analiza penetrando lo íntimo de las substancias, perfora y cava, ayudado con el vapor y la electricidad, ahondando inmensas profundidades.

—¿Creo que estraviáis el camino!

—Seguidme y llegaremos: el hombre busca con furor la velocidad: ya no le basta el vapor, la rotación le lleva uno á uno como en alas redondas que apenas pisan, la electricidad le lleva á cen-

tenares en grandes vehiculos ó enpequeños por el calor impelidos. Y aun acomete con éxito el caminar por los aires que oponiendo menor resistencia á su marcha la harán más veloz.

—¡Pero las dotes, las dotes del cuerpo!

—¡Un poquito más! El hombre busca la claridad y la luz, hace ya de sus casas y aun de los templos meras linternas, ¡paso á la luz! y para la noche inventa modos de desterrar sus tinieblas y de hacerla esplendente como el día: los gases, la electricidad, todo lo emplea para la producción de la luz. ¡El hombre está ávido de luz!

—Sanidad, penetración, celeridad, esplendor, esto busca el hombre. ¿No es esto lo que queréis decir?

—Cabalmente. Pero lo busca con tesón, lo busca con avidez, lo quiere con pasión, aspira á ello con vehemencia inexplicable.

—¿Y qué inferis de ello?

—Nada voy á inferir sino á aplicar. En la gloria está perfecto el objeto de todos los instintos y aspiraciones no

bles del hombre, materiales y espirituales, del cuerpo y del alma; y así como el alma sacia su sed de verdad, de bien y de belleza con sus dotes propias gloriosas, así el cuerpo debe saciar las suyas de un modo muy superior á la tierra, para que todo el hombre, cuerpo y alma, pueda decir con el profeta: «Yo quedaré saciado cuando apareciere tu gloria.» (Psalm., XVI, 15.)

—Pero esplicadlas por fin.

—Una se llama *impasibilidad*: es la exclusión de todo lo corruptible; no más dolor, ni enfermedad, frio ni calor, hambre ni sed, ni sueño; el cuerpo sano, fuerte, vigoroso, impassible y para siempre. Así sacia el cuerpo el anhelo de salud, robustez y perpetuidad.

—¿Y al anhelo de penetrarlo todo?

—Corresponde la dote llamada *sutilidad*; como el Señor salió del sepulcro penetrando la losa sin abrirla y penetró en el Cenáculo sin abrir las puertas, así los cuerpos gloriosos penetrarán por todas partes, al centro mismo de la tierra si así lo quieren. Y no se alegue ser imposible, pues la luz es cuerpo y

penetra los cuerpos transparentes, y aun los opacos con los rayos misteriosos recién descubiertos, y esto aun en el mundo material. ¿Qué será en el mundo transformado y en los cuerpos glorificados? Así el hombre saciará su avidez de penetrarlo todo.

—¿Y la avidez de celeridad en el moverse?

—Quedará saciada con la dote de *agilidad*. Se sabe la velocidad de la luz, y cómo, á pesar de ser formidable, gasta millares de años en pasar de un punto á otro entre astros lejanos; pero el cuerpo glorificado, si bien no pasará de un punto á otro en un instante matemático, lo que es absurdo, pero sí en un instante físico, divisible, puede ir de una parte á otra como entre los astros y visitar la espléndida creación y saber en un día más de astronomía que todos los astrónomos seculares y con sus telescopios inmensos. Agil y sutil, el cuerpo será el turista del universo, el viajero de la creación, el que caminará, no al derredor de la tierra en ochenta días, sino al derredor de todas las tie-

rras del cielo, como llama Flammarion á los astros.

—¿Y por qué los llama así?

—Por burlarse del cielo cristiano. No comprendió este sabio que uno es el cielo atmosférico, el cielo de las aves y de las nubes; otro el cielo astronómico, el de los astros, y otro el cielo em-píreo, el de los bienaventurados.

—¿Y la cuarta dote?

—Es la *claridad*: satisface el anhelo de luz; la del cielo es incomparablemente más intensa que la del sol; sin dañar la retina, sino regalando á la vista de un modo inexplicable; en unos será mayor ó menor según sus méritos, pues dice San Pablo: «Como la estrella se diferencia de otra estrella en la claridad, así será en la resurrección de los nuestros.» (Ibid., 41.) El bienaventurado luciendo como el sol, (pues son soles las estrellas), caminando casi con la rapidez del pensamiento, penetrándolo todo y sin cansancio ni fatiga, ni languidez ni muerte, tiene ante sí la eternidad entera para conocer y admirar la creación. Y así, la realidad

supera inmensamente á las fantasías de la imaginación de nuestros tontos sabios, que aun creen en otra vida y la arreglan á su antojo.

—¿A qué ó á quién queréis aludir?

—A Figuiet, á Flammarión y á otros astrónomos impíos que nos describen la otra vida como un paseo de las almas por los astros, adirirándolos y viendo en ellos fotografiados los hechos de la historia. Sólo que como no creen en la resurrección de los cuerpos, no se toman el trabajo de decirnos cómo el alma ve sin ojos y sin oídos escucha y toca sin manos. Y lo que irrita el ánimo es el oír al Flammarión decir que abomina el cielo de los cristianos y no comprende qué harán allí los santos eternamente encajonados en sus nichos. Por donde se ve que estos sabios nunca estudian la religión y combaten lo que ignoran, y se burlan de sus propias ficciones atribuyéndolas á la Iglesia, pues los bienaventurados no están clavados en nichos, sino que están dotados de cualidades eminentemente activas con las que se hacen due-

ños del mundo, pues por eso son llamados del Señor al reino de los cielos para reinar, para gozar perpetuamente en constante actividad.

—¡Desgraciados ciegos!

—Sí, son desgraciados porque su impiedad les ha de impedir gozar ni aun del cielo raquitico que han dejado pintado en sus novelas, puesto que en el abismo hay cárcel perpetua, incorrupción para nunca morir, pero pasibilidad inmensa para sentir los tormentos, tinieblas obscuras en vez de claridad, y ligaduras y cadenas en vez de agilidad.

—¿Qué libros podrán leerse para mayor instrucción acerca de la gloria?

—Hay muchos: «El Cielo,» del Padre Stanihurto, de la Compañía de Jesús, traducido del latín, antiguo; el opúsculo de Belarmino, «La Felicidad de los Santos,» «El Paraíso,» del Padre Franco, de la Compañía; las «Refutaciones de Flammarión,» del Abate Pioger (aunque tiene sus errores), y del canónigo Perujo, perfectamente ortodoxa, y sobre todo, lo que habla de la gloria el Señor Gaume, tanto en su «Catecismo

de Perseverancia» como al fin de su precioso opúsculo «Esta vida no es la vida.»

XI

APENDICE

Del número de los escogidos.

—¿Podéis decir algo sobre el número de los escogidos?

—Diré con la Iglesia: «Oh Dios á quien sólo es conocido el número de los escogidos que en la eterna felicidad han de quedar colocados.» El número, pues, sólo Dios lo conoce, pero la proporción puede piadosamente indagarse. ¿Son, pues, más los que se salvan?

La cuestión es compleja.

Si se trata de todos los hombres, como las dos terceras partes del género humano aun profesan la idolatría, y como sin la fe no hay salvación, claro es que añadiendo á esa inmensa mayoría el número de réprobos en el cristianismo, supera en mucho el de éstos al de los escogidos.

Si se considera sólo la verdadera Iglesia, que es la católica, fuera de la cual no hay salvación, aun se puede considerar de dos modos: ó en su totalidad comprendiendo todos los bautizados, ó sólo hablando de los adultos.

Del primer modo, como según la estadística mueren casi la mitad de los nacidos antes de los siete ú ocho años, añadiendo á esta mitad los adultos que se salven, ya forman un número superior los escogidos al de los réprobos.

Ahora, si se trata de sólo los adultos, debe confesarse que los santos Padres y multitud de intérpretes y doctores, como Cornelio Alápide, fundados en la frase evangélica: «Muchos son los llamados y pocos los escogidos,» y en aquella otra: «Angosta es la puerta que conduce á la vida y pocos son los que la encuentran,» (Math., VII 14,) concluyen con ser más pequeño el número de los escogidos. No obstante, como el trigo es más que la paja y los peces buenos más que los malos, y los siervos que entregan buenas cuentas

de los talentos fueron dos, y uno solo el que no negoció, y uno solo fué el que se halló sin la veste nupcial en el convite de bodas, y como á los muchos se les mandó sacar *de en medio de los buenos*, y no al contrario; todo esto, que pertenece á las parábolas evangélicas, parece dar á entender que el número de los escogidos será igual y aun superior al de los réprobos.

Y así parece también exigirlo la eficacia de la sangre de Cristo y lo copioso de la Redención. Siguen esta opinión el eximio Dr. Suárez, el P. Laccordaire en una de sus célebres Conferencias, el sabio P. Faber, en su obra «El Criador y la Criatura,» y el Abate Bougaud, un autor español, Melguizo, en un volumen entero bajo el título de «Son más los que se salvan,» el P. Castelein, de la Compañía de Jesús, Tanqueray y Paquet, teólogos modernos, y últimamente el Padre Buonpensiere, de la Orden de Predicadores, en un comentario que acaba de publicar en Roma, (1902) sobre una fracción de la primera parte de la Suma de Santo To-

más. Esta doctrina no debe, en vérdad, hacernos presuntuosos ni remisos en el divino servicio, sino antes alentarnos llenándonos de una dulce confianza; «pero deben deponer los cristianos, dice este sabio dominico, toda flojedad y tibieza acerca de los divinos preceptos, y aunque sean pocos, (como piamente creemos) los que se condenan, cada uno debe temer el ir á ser de este número por sus pecados;» y concluye con estas palabras que dejamos en su idioma: «Itaque animarum rector erigat animas timoratas ad confidentiam in Dei misericordia, eis suadendo maiorem numerum esse salvatorum á Christo inter catholicos eum diligentes: commoveat tepidorum animas ad poenitendum, iis exponendó rigorem justitiæ divinæ contra illos qui Evangelio non credunt: atque ita implebitur monitum Pauli: «Cum metu et tremore vestram salutem operamini.» (Philipp., II, 12.) Quiere decir: que *con temor y temblor* como amonesta San Pablo, *obremos nuestra salvación.*»

FIN.

396

002